

bia variado y permanecía fiel á la escuela épica y terrible del 93.

Enjolras estaba de pié en la escalera de adoquines, con un codo apoyado en el cañon de la carabina. Meditaba y de vez en cuando se estremecía, como si sintiese pasar un hálito misterioso. En los parajes que visita la muerte suelen notarse estos efectos de los antiguos trípodes.

De repente levantó la cabeza; sus cabellos rubios cayeron hácia atrás, como los del ángel sobre el carro sombrío de estrellas, y semejantes á la melena de un leon, erizada en forma de aureola resplandeciente.

Habló así:

—Ciudadanos: Debeis imaginaros el porvenir. Las calles de las ciudades estarán inundadas de luz, las naciones serán hermanas, los hombres justos, los ancianos bendecirán á los niños, el pasado amará al presente, los pensadores y los creyentes gozarán de completa libertad, la conciencia humana se convertirá en altar, se extinguirá el odio, reinará la fraternidad en el taller y en la escuela, y el trabajo, el derecho, la paz se distribuirán entre todos; no habrá más sangre derramada, no habrá más guerras. Las madres serán dichosas! El primer paso es sojuzgar la materia, el segundo realizar el ideal. Reflexionad en lo que ha conseguido ya el progreso. Antiguamente las primeras razas humanas veian con terror ante sus ojos la hidra que soplaba sobre las aguas, el dragon que vomitaba fuego, el grifo que era el mónstruo del aire, y que volaba con alas de águila y garras de tigre; espantosas fieras que estaban por encima del hombre. Pero el hombre tendió sus redes, las redes sagradas de su inteligencia, y acabó por coger en ellas á los mónstruos. Hemos domado á la hidra, y la llamamos vapor; hemos domado al dragon, y le llamamos locomotora; estamos á punto de domar al grifo, pues ya ha caído en nuestras manos, y le llamamos globo. El dia en que termine esta obra de Prometeo, unciendo el hombre al carro de su voluntad la triple quimera antigua, la hidra, el dragon y el grifo, ese dia será dueño del agua, del fuego y del aire, y será para el resto de la creacion animada lo que para él eran en otro tiempo los dioses mitológicos. Valor y adelante! ¿A dónde vamos, ciudadanos? A la ciencia, convertida en gobierno; á la fuerza de las cosas, erigida en única fuerza públi-

ca; á la ley natural, con su sancion y su penalidad en sí misma y promulgada por la evidencia; á una alborada de verdad, que corresponda al nacer del dia. Caminamos á la union de los pueblos; caminamos á la unidad humana. No más ficciones, no más parásitos. La civilizacion celebrará sus justas en medio de Europa, y luego en el centro de sus continentes, en el gran parlamento de la inteligencia. Hemos visto ya algo parecido á esto. Los anfictiones tenian diez juntas al año, una en Delfos, mansion de los dioses; otra en las Termópilas, mansion de los héroes. Europa tendrá sus anfictiones, y el globo los tendrá tambien. Francia lleva en sus entrañas este porvenir sublime. Es la gestacion del siglo diez y nueve. Lo que bosquejó Grecia que lo termine Francia. ¡Ciudadanos! Suceda lo que suceda, venzamos ó seamos vencidos, vamos á hacer una revolucion, y así como los incendios iluminan toda una ciudad, las revoluciones iluminan á todo el género humano. Nos revolucionamos en favor de la verdad. Bajo el punto de vista político no debe haber más que un solo principio, el de la soberanía del hombre sobre sí mismo. Esta soberanía del yo sobre el yo se llama libertad; desde que dos ó más de estas soberanías se asocian empieza el Estado. Pero en esta asociacion no hay abdicacion. Cada soberanía concede cierta parte de sí misma para formar el derecho comun, parte que es igual para todos. Esta identidad de concesiones que hacen los individuos en beneficio de todos se llama igualdad. El derecho comun no es más que la proteccion de todos, irradiando sobre el derecho de cada uno, y se llama fraternidad. El punto de interseccion de todas estas soberanías que se agregan se llama sociedad. Siendo esta interseccion una union, el punto en que se verifica es un nudo; por eso se denomina vínculo social. Algunos le llaman contrato social, que viene á ser lo mismo. Es menester que comprendamos bien la palabra igualdad, pues así como la libertad es la cima, la igualdad es la base. La igualdad no significa que esté toda la vegetacion á un nivel; no significa una sociedad de matas grandes y de encinas pequeñas, ni un conjunto de envidiosos hostilizándose; la igualdad civilmente significa el camino abierto á todas las aptitudes; políticamente que tengan el mismo peso todos los votos; religiosamente que gocen el mismo derecho todas las conciencias. La

igualdad tiene su órgano, y este órgano es la instruccion gratuita y obligatoria. La escuela primaria debe imponerse á todos; la escuela secundaria debe ofrecerse á todos: esta es la verdadera ley. Ciudadanos! el siglo diez y nueve es grande, pero el siglo veinte será dichoso. Entonces no habrá nada que se parezca á la antigua historia; no habrá que temer como hoy una conquista, una invasion, una usurpacion, una rivalidad de naciones á mano armada; no habrá que temer un nacimiento en las tiranías hereditarias, un reparto de pueblos acordado en Congresos, una desmembracion por hundimiento de dinastia, un combate de dos religiones al encontrarse frente á frente; no habrá que temer el hambre, la explotacion, la prostitucion por miseria, la miseria por falta de trabajo, el cadalso, las batallas y todos estos latrocinios del acaso que se verifican en la selva de los acontecimientos. El género humano cumplirá su ley, como el globo terrestre cumple la suya; se restablecerá la armonía entre el alma y el astro, y el alma gravitará en torno de la verdad como el astro en torno de la luz. La hora en que os hablo es una hora sombría, pero tales son las terribles condiciones de la conquista del porvenir. La revolucion es un peaje, pero libertará al género humano, le sacará de su posturacion y lo consolará. Se lo afirmamos desde esta barricada. El grito de amor ha de salir de lo alto del sacrificio. Aquí está el vínculo de la union de los que piensan y de los que padecen; la barricada no la forman los adoquines, las vigas ni el hierro viejo; está formada de dos montones: uno de ideas, otro de dolores. La miseria encuentra en ella su ideal. El dia se abraza aquí con la noche y le dice: Voy á morir contigo, y tú vas á renacer conmigo. Del estrecho abrazo de todas las aficciones brota la fé. Los padecimientos traen aquí su agonía y las ideas su inmortalidad. Esta agonía y esta inmortalidad van á mezclarse y á constituir nuestra muerte. Hermanos, moriremos aquí en la irradiacion del porvenir y descenderemos á una tumba que iluminará la aurora.

Enjolras dejó de hablar, pero sus labios seguian moviéndose en silencio, como si continuara en voz baja hablando consigo mismo, y sus compañeros, ansiando recoger las palabras que no pronunciaba, no apartaban la vista de él. No se oyeron aplausos, pero se cuchicheó durante mucho tiempo. Como la palabra

es aire, el estremecimiento de las inteligencias se parece al estremecimiento de las hojas.

VI.

Mario esquivo y Javert lacónico.

Veamos qué es lo que pensaba Mario, teniendo presente la situacion de su alma.

Como acabamos de indicar, todo se le aparecia como una vision. Tenia las ideas confusas; se encontraba bajo la sombra de las grandes alas tenebrosas que se abren sobre los agonizantes. Sentia que habia penetrado en él el sepulcro y le parecia que estaba al otro lado de la barrera, y que solo veia las caras de los vivos con ojos de muerto.

¿Cómo y por qué se encontraba allí el señor Fauchelevent? ¿qué iba á hacer en la barricada? Mario no trató de averiguar nada de esto, pues siendo propio de la desesperacion extenderse á cuanto nos rodea, hallaba lógico que todos fuesen á morir á aquel sitio. Esto no obstante, pensaba en Cosette con indecible angustia.

Por lo demás, el señor Fauchelevent no le habló ni le miró, y hasta pareció no oír á Mario cuando dijo:—Yo le conozco.

Esta actitud del padre de Cosette aliviaba á Mario de gran peso, y hasta diríamos que le agradaba, si tratándose de tales impresiones pudiera emplearse semejante palabra. Nunca se habia atrevido á hablar á aquel hombre enigmático, que era para él equívoco é imponente á la vez. Además, no le habia visto en mucho tiempo, lo que, unido á su índole tímida y reservada, contribuia más á su retraimiento.

Los cinco hombres designados salieron de la barricada por la callejuela de Mondetour, perfectamente disfrazados de guardias nacionales. Uno de ellos se fué llorando. Al partir dieron un abrazo de despedida á los que se quedaban.

Despues que se marcharon aquellos cinco hombres devueltos á la vida, Enjolras pensó en el sentenciado á muerte y entró en la sala baja. Javert, atado al poste, parecia abstraído.

—Quieres algo? le preguntó Enjolras.

—Cuándo me matais? le preguntó Javert.

—Espera un poco, que en este momento necesitamos todos nuestros cartuchos.

—Entonces dadme de beber, dijo Javert.

Enjolras le presentó un vaso de agua, y como Javert estaba atado, le ayudó á beber.

—Quieres algo más? le preguntó otra vez Enjolras.

—Estoy muy mal en este poste, respondió Javert, y habeis sido muy crueles dejándome pasar la noche así. Atadme como más os plazca, pero creo que no tendreis inconveniente en que me tiendan, como á ese otro, sobre una mesa.

Diciendo esto, con un movimiento de cabeza indicaba el cadáver del señor Babeuf.

Recordarán los lectores que en el fondo de la sala habia una mesa grande, en la que se fundieron balas é hicieron cartuchos; pero como luego emplearan unas y otros, quedó vacía aquella mesa.

Por orden de Enjolras, cuatro insurrectos desataron á Javert del poste. Le dejaron las manos atadas atrás, le sujetaron los piés con una cuerda delgada, pero fuerte, de modo que pudiese dar pasos de quince pulgadas, como se hace con los que van á subir al cadalso, y le condujeron á la mesa del fondo, tendiéndole en ella y atándole perfectamente por la mitad del cuerpo.

Para mayor seguridad, mediante una cuerda fijada al cuello, se añadió al sistema de ligadura que le imposibilitaba de evadirse la especie de lazo que en las cárceles se llama gamarra, que, partiendo de la nuca, se bifurca en el estómago y llega á las manos despues de haber pasado por entre las piernas.

Mientras amarraban á Javert, desde el umbral de la puerta le contemplaba un hombre con singular atencion.

La sombra que hacia éste hizo á Javert volver la cabeza. Levantó los ojos y conoció á Juan Valjean.

Sin extremecerse los inclinó al suelo con altivez, limitándose á decir:

—Es muy natural!

VII.

La situacion se agrava.

El dia adelantaba rápidamente, pero las ventanas y las puertas permanecian cerradas. Las tropas, como hemos dicho, habian desocupado la extremidad de la calle de Chanvrière, que á la sazón parecia libre y que brindaba al transeunte con siniestra tranquilidad. La calle de San Dionisio estaba muda, como

el paseo de las esfinges de Tebas. Ni un solo sér viviente se veia en las encrucijadas, que blanqueaba un reflejo naciente de sol, y nada hay tan lúgubre como la claridad en las calles desiertas.

No se divisaba nadie, pero en cambio se oia. Notábase á cierta distancia movimiento misterioso; era evidente que se aproximaba el instante crítico. Como la víspera por la noche, los centinelas se replegaron, pero esta vez no quedó ninguno de ellos.

La barricada estaba más fuerte que en el primer ataque, y despues que salieron de ella los cinco individuos todavía la elevaron más.

Enjolras, avisado por el vigía que observaba por la parte del Mercado y temeroso de ser sorprendido por allí, adoptó una resolucion grave. Mandó hacer otra barricada en la pequeña boca-calle de Mondetour, que permanecia libre hasta entonces. De este modo la barricada, tapiada en tres calles, la de la Chanvrière por delante, la del Cisne y la pequeña Truanderie á la izquierda y la de Mondetour á la derecha, era casi inexpugnable, pero constituia verdaderamente un encierro fatal. Tenia tres frentes, pero ninguna salida. Era fortaleza y ratonera al mismo tiempo, como sonriendo dijo Courfeyrac.

El silencio era tan profundo por la parte por donde debia venir el ataque, que Enjolras hizo que cada cual ocupase su respectivo puesto.

Distribuyóse á todos una racion de aguardiente.

Es curioso ver cómo una barricada se prepara á recibir el asalto. Cada cual elije su sitio como en el teatro. Se recuesta, apoya los codos, se respalda y hasta algunos hacen sillones con los adoquines; si una esquina de pared incomoda, todos se alejan de ella; si sobresale un ángulo protector, á él se acogen. Muchos se disponen á combatir sentados, queriendo estar cómodos para matar y morir.

En cuanto el jefe manda zafarrancho de combate cesan todos los movimientos desordenados; no hay ya empellones, no hay ya corrillos, no hay ya apartes; todo lo que bulle en los espíritus converge y se cambia en ansiedad, esperando la embestida.

Antes del peligro, una barricada es el caos; en el peligro es la disciplina: del peligro nace el orden.

Desde que Enjolras tomó la carabina de dos cañones y se situó en una especie

de almena que se habia reservado, todos callaron. Oyóse un ruido de golpes secos resonar confusamente en toda la extension de la barricada.

Era que montaban los fusiles.

Por lo demás, reinaba en la barricada más grandeza de ánimo y más confianza que nunca.

El exceso del sacrificio fortalece, y aunque no contaban con la esperanza, contaban con la desesperacion: la desesperacion es la última arma que á veces dá la victoria, como dijo Virgilio. Los recursos extremos salen de las resoluciones extremas. Embarcarse en la muerte es á veces escapar del naufragio, y la tapa del ataúd se convierte entonces en tabla de salvacion.

Como el dia anterior por la noche, la atencion de los insurrectos se dirigia, y casi podia decirse que se apoyaba, en la extremidad de la calle, ahora ya clara y visible.

No tuvieron que esperar mucho tiempo. El movimiento empezó á oirse distintamente por la parte de Saint-Leu, aunque no se parecia al del primer ataque. Esta vez el crujido de cadenas, el alarmante sacudimiento de una mole, la trepidacion del bronce al saltar sobre el empedrado, anunciaron que se acercaba alguna siniestra armazon de hierro. Extremeciéronse las entrañas de las antiguas y tranquilas calles, que se construyeron y se abrieron para la fecunda circulacion de los intereses y de las ideas y no para que rodasen por ellas, con monstruoso extrépito, los carros de la guerra.

Las pupilas de los combatientes, que se clavaban en el extremo de la calle, adquirieron expresion feroz.

Apareció una pieza de artillería.

Los artilleros la conducian colocada ya sobre las muñoneras y desenganchada del avantren. Dos de ellos iban junto al afuste, cuatro empujaban las ruedas y otros seguian con el arcon.

Velase humear la mecha encendida.

—Fuego! gritó Enjolras.

Toda la barricada hizo fuego y produjo espantosa detonacion; una avalancha de humo cubrió y oscureció al cañon y á los hombres; algunos segundos despues la nube se disipó y el cañon y los hombres reaparecieron. Los artilleros acababan de colocarlo enfrente de la barricada, con lentitud, segun las reglas, sin precipitacion de ningun género. No hubo ni un solo herido. En seguida el jefe, apoyándose en la culata para ele-

var el tiro, se puso á apuntar el cañon con la gravedad del astrónomo que asesta el anteojo.

—Bravo por los artilleros! gritó Bosuet.

Toda la barricada aplaudió.

Un momento despues la pieza, perfectamente situada en medio de la calle, como si dijéramos á caballo sobre el arroyo, estaba ya en batería, abriendo ante la barricada formidable boca.

—Bien, bien! dijo Courfeyrac; ahora viene lo brutal. Detrás del papirotazo las puñadas. El ejército extiende sus garras contra nosotros. Vá á sacudir seriamente la barricada. La fusilería tantea, pero el cañon agarra.

—Es una pieza de á ocho, del método moderno y de bronce, añadió Combeferre. Esa clase de piezas, por poco que excedan de la proporcion de diez partes de estaño en ciento de cobre, están expuestas á reventar. El exceso de estaño las ablanda demasiado y entonces se les forman escarabajos en el oido. Para evitar esto y poder forzar la carga, tal vez convendria volver al procedimiento del siglo catorce y circuir exteriormente la pieza con un sistema de anillos de acero sin soldadura, desde la culata hasta los muñones. En la actualidad se remedia ese defecto del mejor modo posible. Para conocer dónde están los escarabajos del oido de un cañon se hace uso de la sonda, aunque es preferible la estrella móvil de Griveauval.

—En el siglo diez y seis, observó Bosuet, se rayaban los cañones.

—Sí, contestó Combeferre; eso aumenta la potencia balística, pero disminuye la presion del tiro. En el tiro á corta distancia, la trayectoria no tiene la tension debida, y exagerando la parábola, el camino del proyectil no es bastante rectilíneo para poder herir los objetos intermedios, lo que, sin embargo, es una necesidad del combate, cuya importancia crece con la cercanía del enemigo y la precipitacion de los disparos. La falta de tension en la curva del proyectil en los cañones rayados del siglo diez y seis consistia en lo escaso de la carga, y las cargas pequeñas en las piezas de guerra son una exigencia de las necesidades balísticas, tales, por ejemplo, como la conservacion de los afustes. En una palabra, el cañon, que es un déspota, no puede todo lo que quiere; la fuerza es una gran debilidad. Una bala de cañon solo anda seiscientas leguas por hora; la luz recorre setenta mil en un segundo.

Tal es la superioridad de Jesucristo sobre Napoleón.

—Volved á cargar, dijo Enjolras.

Mientras que los insurrectos cargaban otra vez los fusiles, los artilleros hacian lo mismo con el cañon. La ansiedad era profunda en el reducto.

Salió el cañonazo y sonó la detonación.

—Presente! gritó una voz alegre.

Al mismo tiempo que la bala dió contra la barricada, Gavroche saltó dentro de ella.

Llegaba por la parte de la calle del Cisne, y habia tenido que valerse de toda su ligereza para saltar la barricada accesoria que estaba enfrente del laberinto de la Petite-Truanderie. Gavroche hizo más efecto en la barricada que la bala: ésta solo consiguió, perdida entre los escombros, romper una rueda del ómnibus y acabar con la carreta vieja. Al ver esto los insurrectos se echaron á reir.

—Continuad, gritó Bossuet á los artilleros.

VIII.

La situación se vá formalizando.

Todos cercaron á Gavroche; pero Mario, sin darle tiempo para referir nada, se lo llevó aparte y le preguntó:

—Qué vienes á hacer aquí?

—Toma! y vos? le respondió el pilluelo, mirando fijamente á Mario con su descaro épico.

—Quién te ha dicho que volvieras? Supongo que habrás entregado mi carta, prosiguió preguntándole Mario con acento severo.

No dejaba de escocerle algo á Gavroche lo relativo á aquella carta, porque con la prisa de volver á la barricada, más bien que entregarla, se deshizo de ella. No podia menos de pensar en sus adentros que la confió con demasiada ligereza á un desconocido, cuyo rostro ni siquiera pudo distinguir por causa de la oscuridad. Reprendiase, pues, interiormente y temia los cargos que Mario pudiera dirigirle. Para salir del apuro eligió el medio más sencillo, el de mentir descaradamente.

—Ciudadano, entregué la carta al portero. La señorita dormia y se la dará cuando se despierte.

Mario, al enviar aquella carta, se propuso dos cosas: despedirse de Cosette y salvar á Gavroche.

Tuvo que contentarse con la mitad de lo que se proponia.

El envío de su carta y la presencia del señor Fauchelevent en la barricada ofrecian cierta correlacion, que se presentó á su espíritu y que le hizo preguntar á Gavroche:

—Conoces á ese hombre?

—No, contestó Gavroche.

En efecto, como acabamos de decir, el muchacho solo vió á Juan Valjean de noche y no le reconoció.

Se disiparon, pues, las vagas y turbias conjeturas que habian aparecido confusamente en el espíritu de Mario.

Entre tanto, Gavroche se habia ido al extremo de la barricada y gritaba:

—Mi fusil!

Courfeyrac mandó que se lo entregasen.

Gavroche advirtió á sus camaradas, como él los llamaba, que estaban bloqueados y que á él le costó mucho trabajo llegar hasta allí. Un batallón de línea, cuyos pabellones estaban en la Petite-Truanderie, ocupaba la salida de la calle del Cisne, y por el lado opuesto la Guardia municipal se habia apostado en la calle de Predicadores. Enfrente estaba el grueso del ejército.

Después que dió estas noticias, añadió Gavroche:

—Os autorizo para que los zurreis bien.

Entre tanto Enjolras, desde la almena, espiaba con el oído atento.

Los sitiadores, poco satisfechos sin duda del cañon, no le habian vuelto á hacer funcionar.

Una compañía de infantería de línea ocupó el extremo de la calle, detrás de la pieza. Los soldados desempedrarón el piso y construyeron allí, con los adoquines, una pared baja, que era una especie de parapeto, de unos diez y ocho piés de altura, enfrente de la barricada. En el ángulo izquierdo del parapeto se veia la cabeza de un batallón de las afueras, formado en columna cerrada en la calle de San Dionisio.

Enjolras, desde la atalaya, creyó percibir el ruido particular que se hace al sacar del arcon las cajas de metralla, y vió al jefe cambiar la puntería é inclinar ligeramente á la izquierda la boca del cañon.

Después los artilleros se pusieron á cargar la pieza. El mismo jefe cogió el bota-fuego y lo acercó al oído.

—Bajad la cabeza! gritó Enjolras. Todos de rodillas en la barricada!

IX.

La puntería segura que influyó en la condena de 1796.

Cruzábanse las órdenes en la barricada. El fuego de la artillería iba á empezar de nuevo y la metralla concluiría el combate en menos de un cuarto de hora, si no conseguian amortiguar el efecto de los tiros.

—Es preciso poner ahí un colchon, dijo Enjolras.

—No los hay, respondió Combeferre; los ocupan los heridos.

Juan Valjean, que estaba sentado en un guardacanton junto á la esquina de la taberna, con el fusil entre las piernas, no habia tomado parte hasta entonces en nada de lo que sucedia. Ni oyó decir á los combatientes que le aludian que era un fusil inútil.

Al oír la orden de Enjolras, Juan Valjean se levantó.

Recordarán los lectores que cuando llegó el tropel de gente á la calle de la Chanvrerie, una vieja que temia á las balas colgó un colchon de la ventana: esta ventana pertenecia á una buhardilla, y estaba bajo el techo de una casa de seis pisos y algo fuera de la barricada. El colchon, colocado de través y apoyado por debajo con dos varas de tenderropa, le sostenian por arriba dos cuerdas, que parecian desde lejos dos hilos, atadas con dos clavos fijos clavados en el dintel de la buhardilla, y que se destacaban visiblemente.

—¿Quién me presta una carabina de dos cañones? preguntó Juan Valjean.

Enjolras le entregó la suya que acababa de cargar.

Juan Valjean apuntó á la buhardilla y tiró.

Una de las cuerdas quedó rota y el colchon pendiente de la otra.

Juan Valjean disparó el segundo tiro; la segunda cuerda golpeó en los vidrios de la buhardilla, el colchon resbaló por entre las dos varas y cayó á la calle.

Todos los de la barricada aplaudieron y gritaron:

—Un colchon! Un colchon!

—Pero quién irá á traerlo? preguntó Combeferre.

El colchon cayó por fuera de la barricada, entre los sitiados y los sitiadores, y como la muerte del sargento de artillería exasperó á la tropa, hacia unos instantes que los soldados se habian tendido boca abajo detrás de la línea de

Los insurrectos, esparcidos delante de la taberna y que dejaron su puesto de combate á la llegada de Gavroche, corrieron en peloton á la barricada, pero aun no se habia ejecutado la orden de Enjolras cuando se oyó el trueno terrible que produce la descarga de metralla.

La carga, dirigida á la cortadura del reducto, rebotó contra la pared, y el espantoso rebote ocasionó dos muertos y tres heridos.

Continuando así, pronto destruirian la barricada, porque la metralla se abria en ella ancha calle.

Se oyó un rumor de consternación.

—Impidamos á lo menos el segundo metrallazo, dijo Enjolras.

Bajando la carabina apuntó al jefe, que, inclinándose en aquel momento sobre la culata del cañon, rectificaba y fijaba definitivamente la puntería.

El jefe era un jóven y arrogante sargento de artillería, que tenia el aspecto inteligente que es propio del arma tremenda y predestinada que, á fuerza de perfeccionarse en el horror, debe concluir por matar la guerra.

Combeferre, de pié junto á Enjolras, contemplaba á aquel jóven.

—Qué lástima! dijo. ¡Qué horribles son estas carnicerías! Pero al fin, cuando ya no haya reyes no habrá guerras. Ese jóven tendrá padre, madre, familia; amará probablemente. Representa todo lo más veinticinco años. Podria ser hermano tuyo.

—Lo es, contestó Enjolras.

—Sí, replicó Combeferre, y tambien mio. No le matemos.

—Déjame. Lo que es preciso es preciso.

Diciendo esto, una lágrima rodó lentamente por la mejilla de mármol de Enjolras.

Al mismo tiempo oprimió el gatillo de la carabina y salió el tiro.

El artillero giró dos veces sobre sí mismo, tendiendo los brazos y levantando la cabeza como para aspirar el aire; después cayó de costado sobre el cañon y no volvió á moverse. Le salia de la espalda un arroyo de sangre: la bala le habia atravesado el pecho de parte á parte y estaba muerto.

Fué menester que se le llevaran de allí y poner otro en su lugar.

De este modo los insurrectos ganaron algunos minutos.

adoquines que levantaron, y supliendo el silencio de la pieza, que callaba mientras se reorganizaba su servicio, habían roto el fuego contra la barricada. Los insurrectos no respondían á la fusilería por ahorrar municiones; sus tiros se estrellaban contra la barricada, pero llenaban la calle de balas.

Juan Valjean salió por la cortadura, entró en la calle, atravesó por entre la lluvia de balas, se fué recto al colchon, lo cogió, se lo cargó y volvió á la barricada; despues lo colocó en la cortadura y lo dejó contra la pared, de modo que no lo viesen los artilleros.

Hecha esta operacion aguardaron la descarga de metralla, que no se hizo esperar.

El cañon vomitó con rugido su carga, que ya no tuvo rebote. La metralla se amortiguó en el colchon. Por entonces consiguieron el efecto previsto y salvaron la barricada.

—Ciudadanos, dijo Enjolras á Juan Valjean, la República os dá las gracias. Bossuet, admirándose y riéndose, exclamaba:

—¡Es inmoral que un colchon posea tan gran virtud! ¡Eso es el triunfo de la debilidad sobre la fuerza! Pero de todos modos, ¡gloria al colchon que anula los cascos de la metralla!

X.

Aurora.

En aquel momento se despertaba Cosette. Su cuarto tenia una gran ventana al Oriente, que daba al patio interior de la casa.

Cosette no sabia nada de lo que pasaba en Paris. No estaba allí el dia anterior, y ya se habia retirado á su cuarto cuando la tia Santos dijo:—Parece que hay jarana.

Cosette durmió bien, pero pocas horas. Tuvo sueños agradables. Se le apareció Mario inundado de claridad, y como al despertar le daba el sol en los ojos, se figuró que seguia soñando.

El primer pensamiento que le ocurrió al salir del sueño fué alegre. Cosette estaba tranquila. Experimentaba, como Juan Valjean algunas horas antes, esa reaccion del alma que no acepta bajo ningun concepto la desgracia; se entregaba á la esperanza sin saber por qué. De improviso se le estremeció el corazón; ¡hacia tres dias que no habia visto á Mario! Reflexionó que debia haber reci-

bido su carta; que sabia dónde ella estaba; que teniendo talento encontraria el medio de acercarse á ella, acaso aquella misma mañana.

Era ya de dia claro, pero por la disposicion horizontal del rayo de luz creyó que amanecía. Era, pues, hora de levantarse para recibir á Mario. Conocia que le era imposible vivir sin él y creia que esta era suficiente razon para que viniese.

A esta razon no habia nada que objetar; el argumento era concluyente.

—¿Pues no llevaba ya tres dias de padecer?

Tres dias sin ver á Mario!

Atrocidad inaudita! Dios quiso probarla, pero la prueba habia ya terminado y Mario iba á llegar trayendo buenas noticias. Así es la juventud; se enjuga pronto los ojos, y considerando inútil el dolor, no lo acepta. La juventud es la sonrisa del porvenir ante un desconocido, ante sí mismo. Nada es para ella más natural que ser dichosa; parece que respire la esperanza. Por lo demás, Cosette no recordaba bien lo que Mario le habia dicho á propósito de su ausencia, que solo debia durar un dia.

Habreis advertido con qué habilidad una moneda que cae en el suelo corre á ocultarse y atormenta al que la busca. Hay pensamientos que se divierten de ese modo con nosotros, escondiéndose en un rincón del cerebro: en vano corremos tras ellos; la memoria no consigue apoderarse de los fugitivos.

Cosette sentia despecho al ver que el recuerdo le era rebelde, porque juzgaba que era criminal en ella olvidar lo que Mario le habia dicho.

En cuanto dejó el lecho se apresuró á cumplir con las dos atenciones del alma y del cuerpo; la de la oracion y la del tocador.

Puédese introducir al lector rigurosamente en la alcoba nupcial, pero no en el dormitorio de una vírgen. Apenas se atreveria el verso á esto, y la prosa no debe intentarlo siquiera. Es el interior de una flor aun cerrada, es una blancura en la oscuridad, es la célula íntima de un lirio no abierto todavia, que el hombre no debe mirar hasta que lo haya mirado el sol. La mujer en capullo es sagrada. El lecho inocente que se descubre, la adorable semidesnudez que tiene miedo de sí misma, el blanco pié que se refugia en una chinela, la garganta que se vela delante del espejo como si el espejo tuviera ojos, la camisa

que se apresura á subir y ocultar los hombros al menor ruido de un mueble que cruje ó de un carruaje que pasa, el estremecimiento de frio y de pudor, todo esto, en fin, no conviene describirlo, y quizá es demasiado indicarlo.

La mirada del hombre debe ser más respetuosa ante la doncella que sale del lecho, que ante la estrella que aparece en el horizonte. La posibilidad de alcanzarla debe aumentar dicho respeto. La pelusa del melocoton, el polvillo de la ciruela, el radiante cristal de la nieve y el ala de la mariposa polvoreada de plumas, son objetos groseros comparados con su castidad, que ni siquiera sabe que es casta. La doncella es el fulgor de un sueño, ni aun llega á ser una estatua; ocúltase en su alcoba en la parte sombría del ideal. El indiscreto tacto de la mirada ofende brutalmente esa vaga penumbra. Contemplar, en este caso, es profanar.

Un cuento oriental refiere que Dios hizo blanca á la rosa; pero como la miró Adán en el momento en que se entreabría, tuvo vergüenza y se ruborizó, quedando rosada. Nosotros nos quedamos sobrecogidos ante las jóvenes y ante las flores, porque las juzgamos dignas de veneracion.

Cosette se vistió muy pronto y se peinó, lo cual era sencillísimo en aquella época, porque las mujeres no se ahuecaban el pelo con almohadillas, ni se ponian miriñaques en la cabeza.

Despues abrió la ventana, esperando ver venir por la calle á Mario. Pero desde allí no veia nada de lo que pasaba fuera, por hallarse el patio interior rodeado de pared y no salir más que á unos jardines. A Cosette le parecieron horrosos aquellos jardines y feas las flores por la primera vez en su vida. Mucho más le hubiera gustado ver un pedazo de calle; pero no viéndolo, dirigió los ojos al cielo, como si creyera que Mario tambien pudiera venir por allí.

De repente empezó á llorar, no por efecto de la movilidad de su alma, sino por consecuencia de sus esperanzas frustradas, que le hacian comprender su situacion.

Todos dormian aun en la casa. Reinaba silencio profundo en las calles, y no habian abierto aun ninguna puerta ni ninguna ventana. La portería estaba cerrada. La tia Santos no se habia levantado aun, y Cosette supuso naturalmente que á su padre le sucederia lo propio.

Preciso fué todo lo que habia sufrido y lo que entonces sufría para llamar cruel á su padre por haberle sacado de su jardin y de su pabellon queridos, para encerrarla en aquella casa sombría y de mala sombra. Percibia de vez en cuando á cierta distancia como sacudimientos sordos, y exclamaba:

—¡Es raro que abran y cierren las puertas cocheras tan temprano!

Eran los disparos del cañon contra la barricada.

Un poco más abajo de la ventana de Cosette habia en la antigua y negra cornisa de la pared un nido de golondrinas algo saliente, y desde arriba se podia ver el interior de aquel pequeño paraíso. La madre entonces cubria con sus alas en forma de abanico á sus hijuelos, y el padre, revoloteando, iba y volvia, llevando en el pico comida y besos. El dia naciente doraba aquel dichoso nido; la ley de la naturaleza "Multiplicaos," se verificaba allí risueña y augusta, y su dulce misterio se derramaba en la gloria de la mañana. Cosette se inclinó hácia el nido maquinalmente, brillando al sol sus cabellos y en el alma sus quimeras, y casi sin atreverse á confesar que al ver aquella escena tierna pensaba en Mario, y que contemplaba aquellas aves, aquella familia, aquellos padres y aquellos hijos con la profunda inquietud que los nidos causan á las vírgenes.

XI.

El tiro de fusil certero que no mata á nadie.

El fuego de los sitiadores continuaba: la fusilería y la metralla alternaban, sin causar grandes estragos. Solo padecia la parte alta de la fachada de Corinto; poco á poco iban perdiendo su forma la ventana del primer piso y las buhardillas del tejado, acribilladas de cascos de metralla y de balas. Los combatientes apostados allí tuvieron que marcharse.

La táctica que se observa en el ataque de las barricadas consiste en tirar durante mucho tiempo, con la idea de agotar las municiones de los insurrectos, si cometen la falta de contestar á los disparos. Cuando conocen por la disminucion de éstos que no tienen ya balas ni pólvora, se les dá el asalto. Pero Enjolras no habia caído en el lazo y la barricada no contestaba.

A cada descarga, Gavroche se hinchaba el carrillo con la lengua y decia;

—Bien; rasga el lienzo, que necesitamos hilas.

Courfeyrac interpelaba á la metralla por el poco efecto que producía, y exclamaba, dirigiéndose al cañon:

—Te vuelves difuso.

El silencio de la barricada inquietaba á los sitiadores; el temor de algun incidente imprevisto excitó en ellos el deseo de ver claro al través del monton de adoquines y de saber lo que pasaba detrás de aquella pared impasible, que recibía los tiros sin dignarse responder. De repente los insurrectos divisaron un casco que reflejaba los rayos del sol en el tejado de una casa próxima. Era un bombero que, apoyado en una chimenea, estaba de centinela, dominando con la vista toda la barricada.

—Ese es un testigo incómodo, dijo Enjolras.

Juan Valjean habia devuelto la carabina á aquel, pero tenia en las manos un fusil. Sin decir palabra apuntó al bombero, y un momento despues el casco, herido por la bala, cayó con extrépito á la calle. Asustado el bombero, se alejó corriendo de allí.

Sucedíole otro observador, que era un oficial. Juan Valjean, que habia vuelto á cargar el fusil, apuntó al nuevo vigía, y el casco del oficial fué á reunirse con el del soldado. El oficial no insistió en vigilar, y desapareció con igual ligereza que el bombero. Comprendieron la advertencia, y los dos vigilantes ya no tuvieron reemplazo. Los sitiadores habian renunciado á espiar la barricada.

—¿Por qué no habeis matado á esos hombres? preguntó Bossuet á Juan Valjean.

Juan Valjean no le respondió.

XII.

El desórden partidario del órden.

Bossuet dijo en voz baja al oido de Combeferre:

—No ha contestado á mi pregunta.

—Es un hombre que hace el bien á tiros, le respondió Combeferre.

Los que conservan algun recuerdo de esta época saben que la Guardia nacional de las afueras combatió con valor las insurrecciones, mostrándose singularmente intrépida y encarnizada en las jornadas de Junio de 1832. Los taberneros de Paris y los alrededores, cuyos establecimientos dejaba el motin sin parquía, se enfurecieron ante el espectá-

culo de su sala de baile desierta, pero se sacrificaban en aras del órden que representaban sus figones. En aquel tiempo, vulgar y heróico á la vez, se elevaban los intereses con sus paladines. El prosaismo del móvil no disminuía la bravura del movimiento. Los banqueros, al ver disminuir su monton de escudos, entonaban la *Marsellesa*. Vertíase líricamente la sangre en favor del mostrador y defendian con entusiasmo lacedemoniano la tienda, ese inmenso diminutivo de la patria.

En el fondo, justo es confesarlo, allí todo era formal.

Los elementos sociales entraban en lucha, esperando el dia de entrar en equilibrio.

Era otro de los signos de aquel tiempo mezclarse la anarquía con el gubernamentalismo (nombre bárbaro del partido correcto). Defendian el órden con indisciplina.

El tambor tocaba á llamada de repente, por órden ó antojo de tal ó cual coronel de la Guardia nacional; éste ó el otro capitán iban al fuego por inspiracion propia; éste ó aquel guardia peleaba de imaginacion y por cuenta suya. En los momentos de crisis se seguía más el consejo de los instintos que el de los jefes. Había en el ejército del órden verdaderos guerrilleros; los unos de espada, como Jannicot; los otros de pluma, como Enrique Fonfrede.

La civilizacion, desgraciadamente representada en aquella época más por un agregado de intereses que por un grupo de principios, se creía estar en peligro y lanzaba el grito de alarma.

Todos, constituyéndose en centro, la defendian, la prestaban auxilio y proteccion, y el primero que llegaba se imponía la obligacion de salvar la sociedad.

El celo, muchas veces, llegaba hasta el exterminio.

Un piquete de Guardia nacional se constituía, por su propia autoridad, en Consejo de guerra, y juzgaba y ejecutaba en cinco minutos á los insurrectos que caian prisioneros. Un tribunal de esta clase, improvisado, juzgó y condenó á Juan Prouvaire.

El 6 de Junio de 1832, una compañía de guardias nacionales de las afueras, que mandaba el capitán Jannicot, que antes hemos mencionado, se hizo diezmar, por puro capricho, en la calle de Chanvrière. Este hecho raro consta en

la sumaria que se formó á consecuencia de aquella insurreccion.

El capitán Jannicot, ciudadano impaciente y audaz, especie de guerrillero del órden, fanático é indómito partidario del gobierno, no pudo resistir al incentivo de hacer fuego antes de la hora fijada ni á la ambicion de tomar la barricada por sí solo, es decir, con una compañía. Exasperado por la aparicion sucesiva de la bandera roja y de la levita vieja de Babeuf, que él tomó por bandera negra, criticaba en voz alta á los generales y á los jefes de los cuerpos que estaban reunidos en consejo y no creían llegado el momento del asalto decisivo, y que dejaban, segun la célebre frase de uno de ellos, "guisarse la insurreccion en su propia salsa". Pero á dicho capitán le parecía que la barricada estaba ya en sazón, y como es natural que lo que está en sazón caiga, probó.

Mandaba á hombres tan resueltos como él; á hombres furiosos, segun el dicho de un testigo presencial. Su compañía, que fusiló al poeta Juan Prouvaire, era la primera del batallon situado en la esquina de la calle.

Cuando menos se esperaba, el capitán lanzó su gente contra la barricada; pero este movimiento, que ejecutó con mejor deseo que estrategia, costó caro á la compañía de Jannicot. Antes de que llegase á los dos tercios de la calle recibió una descarga general de la barricada, y cuatro de los más temerarios que corrian á la cabeza fueron muertos á boca de jarro al pié mismo del reducto. Entonces aquel peloton de guardias nacionales, valientes, pero que no poseían la tenacidad militar, se replegó, despues de alguna vacilacion, dejando tras sí quince cadáveres.

Mientras vacilaban dieron tiempo á los insurrectos para volver á cargar las armas y para disparar otra descarga mortífera, que alcanzó á la compañía antes de que pudiera doblar la esquina de la calle, que era su abrigo.

En aquel momento se encontró cogida entre dos metrallas y recibió tambien el fuego del cañon, que, no habiendo recibido órden en contrario, seguía haciendo disparos.

El intrépido é imprudente Jannicot fué una de sus víctimas. Matóle el cañon; esto es, el órden.

Aquel ataque, más furioso que formal, irritó á Enjolras, que exclamó:

—Imbéciles! Envían su gente á morir

y nos hacen gastar las municiones inútilmente.

Enjolras hablaba como verdadero general de motin.

La insurreccion y la represion no luchan con armas iguales. La insurreccion, que se agota pronto, solo puede contar con un número limitado de tiros y de combatientes; le es imposible reemplazar la cartuchera que se vacía y al hombre que sucumbe. La represion, como cuenta con el ejército, no se cuida de los hombres; y como posee el parque de Vincennes, no le importa desperdiciar pólvora ni balas. La represion dispone de tantos regimientos como defensores una barricada, y de tantos arsenales como cartucheras tienen los insurrectos.

Son, pues, estas luchas desiguales de uno contra ciento, que han de terminar siempre por destruir las barricadas, á menos que la revolucion, surgiendo bruscamente, no se apresure á arrojar en la balanza su flamígera espada de arcángel.

Esto á veces sucede: entonces el levantamiento es general, los empedrados entran en efervescencia, pululan los reductos populares, Paris se extremece soberanamente; despréndese el *quid divinum*; hay en el aire un 10 de Agosto, hay un 29 de Julio; aparece prodigiosa luz, las fauces abiertas de la fuerza retroceden, y el ejército, ese leon, vé ante sí, de pié y tranquilo, al profeta que se llama Francia.

XIII.

Claridades que pasan.

Entre el caos de sentimientos y de pasiones que defienden una barricada se encuentra de todo, bravura, juventud, pundonor, ideal, entusiasmo, convicción, encarnizamiento de jugador, y más que todo intermitencias de esperanza. Una de éstas se experimentó de improviso y cuando menos se creía en la barricada de la calle de la Chanvrière.

—Escuchad, exclamó de repente Enjolras desde su atalaya; me parece que Paris se despierta.

Es sabido que en la mañana del 6 de Junio la insurreccion tuvo, durante una ó dos horas, cierta recrudescencia. La obstinacion del toque á rebato de la campana de Saint-Merry reanimó algunas ilusiones. En las calles de Poirier y de Gravilliers se empezaron á levantar barricadas. En la puerta de San Martín,